

OBRAS COMPLETAS DE DON MIGUEL ANTONIO CARO

I

Los inteligentes y eruditos artistas del monumento que trata de elevarse a las letras colombianas y americanas, y podría decirse con exactitud y justicia, castellanas, don Antonio Gómez Restrepo y don Víctor E. Caro con la publicación de la labor literaria, histórica y política del ilustre escritor y pensador don Miguel A. Caro, acaban de dar a luz en la Imprenta Nacional, el segundo tomo de la compilación de los numerosos y valiosísimos trabajos con que él enriqueció las letras españolas e hispanoamericanas. Dedicán este volumen los expertos editores a la primera parte de los *Estudios Literarios* del eximio humanista. No era posible que los trabajos críticos del señor Caro pudiesen reunirse en un tomo en cuarto, de cuatrocientas páginas, tamaño asignado a cada una de las partes de la compilación de que se trata, como tampoco podrá la obra entera darse a conocer en menos de quince volúmenes de las dimensiones enunciadas, como se necesitó de igual número para contener la fecunda y extensa labor intelectual de don Andrés Bello, con quien forma pareja nuestro ilustre polígrafo. Por tanto, en el libro cuya aparición anunciamos, sólo se ha dado cabida a los artículos de crítica publicados o escritos antes de 1878, es decir, hasta la aparición de la gran revista que ha hecho época en nuestra historia literaria y política: *El Repertorio Colombiano*.

Los veinte estudios del volumen que hoy se ofrece al público leyente van precedidos, a manera de prólogo, del «Elogio del señor don Miguel Antonio Caro, pronunciado el 12 de octubre de 1919 en la Academia de

Historia por el señor don Marco Fidel Suárez.» No se podía asociar nombre mejor entre los colombianos al del eminente literato, que el del discípulo y admirador, que le prestó colaboración importante en los últimos años de su labor política y administrativa. La autoridad del señor Suárez es indiscutible para hacer el estudio de la obra científica del señor Caro, por haber cierta similitud en sus estudios, en el dominio de la majestuosa lengua castellana, en la manera elegante y correcta como han sabido expresarse en ella y el culto que han tenido por los escritores latinos y por los que grabaron el idioma de los dioses en caracteres donde han aprendido los que han venido sucediéndose después de Cervantes, los Luises, Calderón, Lope de Vega y los demás maestros de la gloriosa época clásica de la literatura española. Su intensa fe religiosa, su comunidad de ideas filosóficas y políticas, su amor entrañable a la patria y a sus ilustres fundadores, su defensa constante, sabia y abnegada, de los principios católicos y conservadores, en todo fueron semejantes, hasta en su serenidad ante el peligro, en sus gustos y aptitudes caligráficas y en las citas de autores y de hechos desconocidos para sus más asiduos lectores, como cuando el señor Caro mencionó a León Merchante en un estudio sobre don Diego Fallon, y el señor Suárez habló de la dedicación de un libro de Quevedo al Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, en lo que mostró el uno y ha demostrado el otro una variadísima lectura que sobrepasa aún a la de los más eruditos del medio en que han vivido. Estos dos ilustres varones, a quienes el voto popular ha elevado al puesto más culminante de la República por su ciencia y sus virtudes, se conocieron y trataron íntimamente y con toda la fuerza que al actual Presidente da su saber y el estudio concienzudo de la obra de su ilustre antecesor,

sor, pudo terminar con estas palabras el magistral estudio que el primero trazó del segundo:

«Sus talentos, su ilustración, su magnanimidad y su experiencia; la participación que le tocó en la administración pública y en la legislación; el carácter doctrinario y desinteresado de sus luchas y enseñanzas; la probidad inmaculada de su conducta y la elevación de miras que guiaron su obra; todo esto le comunicó influencia decisiva sobre la opinión colombiana, de modo que puede afirmarse que él más que nadie se acercó a la formación de la conciencia nacional como maestro de ideas y como modelo y ejemplar de costumbres. Era por eso, en cierta manera, no sólo una poderosa mente individual, sino la mente de la patria y su criterio, en presencia de todo asunto público de extraordinario momento. Quiera la Providencia que al quitarnos esa mente no se realice entre nosotros el funesto oráculo de los antiguos!»

De los estudios que sirven de adorno a este volumen, algunos como el de *Virgilio, El Quijote, José Eusebio Caro, Núñez de Arce, Juan María Gutiérrez, Literatura Mexicana y La Conquista*, han sido bastante leídos y citados con grande encomio por distintos puntos de vista; algunos se ofrecen por primera vez al público lector, como *Sonetos y Sonetistas*, o habían visto la luz en revistas extranjeras, como *Una obra apócrifa*, y otros editados por periódicos nacionales cuando el autor principiaba su carrera literaria. En este caso, se cuentan, por ejemplo, su *Carta*, dirigida al redactor de *La Caridad*, publicada en tan notable semanario el 3 de noviembre de 1865, cuando el autor sólo contaba veintidós años, y *La Crítica*, artículo que se publicó en *El Iris* dos años después, poco conocidos ambos de las generaciones que en las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras del presente, han considerado al señor Caro como

el maestro de veras de la crítica americana. Este último trabajo, escrito con ocasión de un concurso abierto por la Real Academia Española, sobre la Crítica Literaria en España, tiene a más de los méritos con que desde el principio de su labor se distinguieron los escritos del señor Caro, la importancia de la originalidad de sus opiniones y la de conocer sus ideas y principios sobre la crítica literaria.

Ese notable escrito muestra la madurez del cerebro del señor Caro a una edad en que no podía aguardarse ni tanta erudición ni semejante acierto y rectitud para apreciar el curso de la crítica en España y en general en Europa.

El expone que así como es la imaginación la primera facultad que se desarrolla en los individuos, sucede lo mismo en los pueblos, y por eso la poesía precede en ellos a las ciencias metafísicas. A medida que la poesía decae se desarrolla la crítica, como obra de análisis, de raciocinio y de comparación. El cree que en el Renacimiento apareció la crítica tal como la habían dejado los gramáticos posteriores al siglo de Augusto, y su desarrollo de entonces para acá ha sido proporcional al espíritu y progreso intelectual de las distintas naciones europeas, y resume en esta forma el desarrollo de la historia de la crítica europea (1).

«... El último paso de la crítica literaria es el que ha dado de pocos años a esta parte, aunque con poca seguridad, y, a nuestro juicio, con mal suceso, en Alemania y Francia, convirtiéndose en lo que hoy se llama

(1) Estamos conformes, de una manera general, en que la imaginación llega primero que el raciocinio, pero para nosotros es evidente que en el señor Caro se desarrolló primero la facultad de razonar que la imaginativa. Compárense si no sus poesías juveniles con las de épocas posteriores, como *La Patria* y la oda a *La Estatua del Libertador*.

crítica filosófica; la cual del examen del espíritu de las obras ha querido penetrar en el de los autores mismos y juzgar por el escritor al hombre, procediendo por abstracción y recomposición simultáneas. Pensamiento es éste elevado, pero cuya realización está aún muy lejos de verificarse satisfactoriamente. En Francia sus resultados han sido funestos por una parte, y por otra, desde el punto de vista meramente científico, muy distantes de corresponder a la idea iniciativa. Así, por ejemplo, la *Vida de Jesús*, obra de la pretendida crítica filosófica, ha resultado ser una mera novela con ínfulas de historia crítico-filosófica. El espíritu novelesco y falaz de los franceses, no es por cierto el alto talento de abstracción y de observación que se requiere para este nuevo y peligroso paso de la ciencia.»

Este notable juicio sobre la crítica francesa, unido al que siete años después emitió sobre Sainte-Beuve en su verdaderamente magistral estudio sobre *Virgilio*, en el que manifestaba que a tan distinguido crítico le faltaba profundidad, muestra con toda claridad que el señor Caro no formó su criterio en la crítica francesa, ni sus gustos literarios se informaban en la época de la crítica filosófica de Renán ni en la literaria de Sainte Beuve, en la que ya para ese tiempo era considerado éste en Europa una especie de pontífice.

Continuando su estudio sobre la historia de la crítica española, opina el señor Caro que en el género místico y en el nacional es donde está toda la riqueza literaria de la Península Ibérica, sobre todo en el último, ya por ser original, como la manifestación de sentimientos connaturalizados con el carácter español y hermanados con sus glorias. Si la belleza y originalidad de la literatura española están en sus obras místicas y en las del género nacional, que pudiera llamarse popular, no puede decirse lo mismo de sus obras y es-

tudios de crítica, porque ésta empezó a desarrollarse muy tarde en España, por ser esta nación la más original de los tiempos modernos (se hablaba así en 1867) y estar apenas saliendo de sus tiempos heroicos. Por estas razones y por las ya expuestas anteriormente de que la época de creación precede a la de organización y para España apenas empezaba la segunda a mediados del siglo XIX, no hay que admirarse de que la crítica hubiese empezado para ella tan tarde. Estudio tan notable lo cierra el señor Caro con este valiente párrafo:

«Hay un hecho no importante en sí mismo, pero muy significativo. La Grecia tuvo su Aristóteles; Roma su Horacio. En los tiempos modernos, la Francia no tardó en poseer una arte poética, la de Boileau; la Inglaterra tuvo a Pope, la Italia a Escalígero y a Vida. Todos esos códigos literarios señalan un siglo de oro: indican la existencia del arte, la introducción del elemento razonante y reflexivo en una sociedad literaria. En España no aparece ese elemento hasta fines del siglo XVIII, personificándose en Luzán y sus compañeros. No es que queramos negar la importancia y mérito de la crítica: somos los primeros en reconocerlos. Pero, ¿cómo no reconocer también que la crítica, ciencia de reflexión, es posterior a la poesía, hija de la imaginación, de la libertad, de la juventud? Nada más bello, nada más consolador que ver un país bien constituido y organizado; y sin embargo, no podemos menos de confesar que la legislación más sabia, nos indica que el tiempo de las glorias militares, de las conquistas de la espada como del genio, ha pasado irremisiblemente: y todo esfuerzo en este sentido, el de Napoleón I, por ejemplo, es un anacronismo, un esfuerzo vigoroso tal vez, pero pasajero siempre, porque contraría el curso natural del progreso humano.»

Con las ideas expuestas por el señor Caro sobre la crítica francesa y la española, es evidente que él no bebió en sus fuentes para mostrar los conocimientos que sobre ella exhibe en el artículo de que hemos hablado, ni todos los recursos y conocimientos que ostenta en los profundos, eruditos y sabios trabajos de crítica con que después fue enriqueciendo el acervo literario e histórico de nuestras letras patrias. Cuando el señor Caro escribía ese importante estudio, comenzaba la crítica española a desarrollarse, debido a los trabajos de Durán y Milá y Fontanals, y sólo treinta años después admiraban los eruditos españoles y americanos al prodigio que supo ilustrar el nombre imperecedero de Marcelino Menéndez y Pelayo, con quien tantos puntos de semejanza tuvo nuestro ilustre compatriota. En la literatura inglesa tenía el señor Caro admiración por Macaulay, pero es evidente que la base que le sirvió para formarse como crítico insigne fue la literatura latina, donde bebió como de fuente pura, fortalecedora y deliciosa, el caudal que formó su estilo y adquirió las cualidades y dotes que ayudaron a vigorizar su gran talento, sus serios, profundos y extensos estudios y los tesoros que sacó de las ricas minas de los autores españoles de los primeros siglos de la lengua.

Como en un somero análisis de esta clase no es posible hablar de cada uno de los artículos del tomo que estudiamos, hemos creído que en los que llevan los nombres de *La Conquista*, *Virgilio* y *el Quijote*, se pueden señalar las cualidades que más distinguían a señor Caro como crítico, y de ellos trataremos en un próximo escrito.



II

Los que estudien detenidamente los trabajos gramaticales y filológicos del señor Caro, como sus observaciones a la Ortología de don Andrés Bello, el Tratado del Participio y la Gramática Latina escrita en colaboración con el señor Cuervo, cuya sintaxis (1) es indudablemente obra del primero, tendrán que reconocer, si sus conocimientos en la materia les permiten hacerlo, que el señor Caro emitió con maestría y acierto conceptos y lanzó apreciaciones que no había aprendido en la ciencia europea, donde aún no habían sido expuestos los principios enunciados (2).

En materia de crítica sucedió otro tanto, lo mismo que en sus estudios sobre Virgilio, publicados como introducción a las obras del ilustre vate, vertidas al castellano por don Miguel Antonio. Cuando los maestros franceses llamados a emitir su juicio sobre las publicaciones presentadas al público universal, definieron que el objeto de la crítica es juzgar, clasificar y explicar las obras de la literatura y el arte, ya el señor Caro había juzgado, en artículos admirables, traba-

(1) En uno de los diarios de esta ciudad, al hablar de don Rufino J. Cuervo, dijo un escritor conocido que en la sintaxis de la Gramática Latina de Caro y Cuervo se adivinaba la garra del «león,» para dar a entender que era obra de éste y no de aquél. Si el latinista que así afirmaba hecho semejante, debido sin duda a conocimientos en la materia, que lo autorizaban para emitir un juicio de esa naturaleza, hubiese consultado el punto con quien debiera saberlo, éste le habría dicho que podía asegurarle que esa parte de la gramática había sido escrita por el señor Caro, y que como de este ilustre humanista figurará en sus Obras Completas.

(2) El señor Eastman tiene escrito un importante estudio sobre «Fonética,» en que demuestra que el señor Caro expuso teorías sobre esta ciencia mucho antes de que los libros de los reputados como sabios en filología viniesen a hablar de ellas.

jos de autores y escritores romanos, ingleses, franceses, españoles y americanos, sin someterse a reglas y a principios de escritores considerados como grandes autoridades, atendiendo sólo a las sugerencias de la fuerza prodigiosa de su intelectualidad, ayudado de su vastísima ilustración y de su privilegiado juicio. Cuando la crítica española no había producido obras modelos en su clase, de serenidad y erudicción, de tino en la percepción clara de la belleza literaria, de seriedad y de facilidad en la dialéctica, ya el señor Caro, en plena juventud, admiraba por su lenguaje elegante y correcto, el poder de su argumentación, el vigor de su razonamiento y el acopio de datos y de conocimientos sobre libros y autores, y de sistemas nuevos para determinar las relaciones de una obra con la historia literaria o de acontecimientos. Si a pesar de su originalidad, se trata de comparar al señor Caro con algún otro crítico, podría decirse que se parecía a Macaulay en lo que enseñaba el ilustre Lord sobre los hombres y las cosas, y las provechosas lecciones que se sacaban de sus Ensayos, amenas y útiles, y en las dos cualidades, que además de los méritos anteriores señalaba Menéndez y Pelayo al ilustre crítico inglés sobre su sentido práctico y lo de su ingenio vivo, agudo y brillante (1). Sin embargo el sentido práctico de Caro, sus ideas de escritor y filósofo católico y su criterio concienzudo de historiador, lo hicieron ver con más claridad la razón de por qué la historia de la conquista y subyugación de la India Oriental por los ingleses no ha despertado jamás en Europa ni en Inglaterra misma el interés con que cautivara los ánimos la historia de la conquista y colonización de América por los españoles, problema cuya solución preocupaba a Ma-

(1) M. Menéndez Pelayo. *Historia de las ideas estéticas*.

caulay cuando en 1840 escribió su notable estudio sobre Lord Clive, el conquistador o pacificador de la India. La admiración del insigne historiador inglés la atribuye el señor Caro a candoroso nacionalismo, que no lo dejaba comprender las razones de la preferencia del público por los conquistadores españoles de América; y para demostrar que el sufragio de éste en favor de la historia hispano-americana comparado con la usurpación inglesa en la India no es un necio capricho sino que obedece a poderosas razones, traza en su excelente artículo «La Conquista» (1) un cuadro admirable sobre las hazañas españolas en el Nuevo Mundo. Al principiar a hacer una hermosa y elocuente pintura de las glorias del pueblo conquistador, deja sentado uno de los deberes del crítico, que es el de desentrañar y descubrir motivos fundamentales que explican la opinión universal y no ensayar refutaciones de ella, como lo hizo el avisado crítico inglés en sus conocidos ensayos.

El recuento que hace el distinguido escritor de los preciosos materiales que ofrece al historiador la Conquista de América, es una interesante página llena de movimiento y de acción, de vida y atractivo, donde se hace un resumen de los rasgos de grandeza y poderío de la raza conquistadora: al conquistador lo presenta Caro con sus vicios y virtudes, sus crímenes y hazañas, con su espíritu avasallador, y la misión de paz desempeñada por el santo misionero. Es un telón donde aparecen con vestidura propia los agentes que figuran en el vasto escenario de la Conquista, el español armado y dispuesto a imponerse, el indio asustado, sometido o cantado sublimemente por poetas aventureros, la codicia por un lado, la fe y la generosidad por otro;

(1) Este maestro trabajo se escribió para que figurase como introducción a una edición de la Historia de Piedrahita.

este pedazo descriptivo y grandioso podría figurar como modelo de estilo, de composición, de amenidad, estudio de caracteres que cautiva el ánimo y la atención en la más esmerada selección de trozos de la literatura castellana.

El señor Caro entra luego a demostrar cómo las glorias de la conquista no han deslumbrado al mundo por esfuerzos de la raza conquistadora, deseosa de pregonarlas, sino a despecho de ella y merced a la imparcial pluma de escritores descendientes de raza sajona, bien preparados, de fortuna independiente y con vocación para entregarse a investigaciones literarias e históricas, como Washington, Irving y Prescott. Estos no se desprendieron completamente de sus preocupaciones religiosas ni abjuraron de sus preferencias de raza, pero sí reconocen que si en la conquista española hubo crueldad y codicia, la primera nació del modo como se entendía la religión en un siglo en que no hubo otra que la del cruzado, y si para el aventurero español era un estímulo y una recompensa el oro, en los motivos con que obraba se mezclaban influencias mezquinas con aspiraciones nobles, y lo espiritual con lo temporal. Prescott encomió y admiró los esfuerzos hechos por los misioneros para convertir a los gentiles, y los señalaba como un rasgo característico y honroso de la conquista española, al paso que los protestantes hicieron relativamente mucho menos en el norte por la conversión de los salvajes. El historiador americano es un ferviente preconizador de la misiones católicas, hasta llegar a observar que la misma nación de cuyo seno salió el endurecido conquistador envió asimismo al misionero para desempeñar la obra de beneficencia y difundir la luz de la civilización cristiana en las regiones más apartadas del Nuevo Mundo. Y no obstante,

al trazar Prescott así tan hermosos rasgos de la conquista, y el haber Macaulay dado un alto testimonio en favor de la inmortalidad del Papado (1), ni uno ni otro, observa Caro con esa delicadeza y perspicacia con que analizaba los acontecimientos, osaron, o no supieron, señalar las causas de los hechos que reconocían de buen grado, es decir, que el catolicismo es el árbol que vive y florece alimentado por savia sobrenatural, y que las sectas disidentes son las hojas que se secan y mueren desprendidas de la rama materna.

El autor de tan erudito como notable trabajo sobre la conquista española deriva dos enseñanzas útiles para los hispano-americanos de las obras de Prescott: la primera, que la conquista y colonización de América ofrecen al historiador vastísimo campo para lucir su pluma y sacar de ellos frutos maravillosos, y la segunda que para escribir esa historia no faltan datos al que los busque en las crónicas impresas, relaciones y cartas inéditas de nuestros antepasados, materiales que deben ordenarse y aprovecharse con arreglo a las exigencias de la crítica moderna.

Cuando el señor Caro trazaba tan hermoso cuadro de la conquista, en 1881, se quejaba de lo poco que habían hecho los gobiernos americanos para fomentar los estudios históricos, de la falta de Academias de Historia fundadas y dotadas por ellos. El aguardaba que el tiempo diera menos melancólica respecto a las preguntas que hacía sobre estos importantes puntos. Efectivamente, hoy, después de cuarenta años de haberse publicado esa gloriosa página de filosofía de la historia americana en que sus dotes de crítico se pusieron de relieve, han tomado en Hispano-América desarrollo considerable las investigaciones históricas, y

(1) Macaulay. *Juicio sobre la historia de los Papas.*

tanto los gobiernos como las academias tratan de darles impulso y se sacan a la luz manuscritos y crónicas inéditas.

El esplendor de las glorias de la conquista, estudiadas por Caro con amor y justicia a España, sin que amengüe en nada su americanismo, con criterio elevado de historiador y literato eminente y una erudición que puede competir con la de personajes europeos de fama consagrada por la opinión ilustrada, es mayor cada día, y el papel importante de América en el mundo, cada vez más imponente, puesto de relieve en la última contienda universal, halaga el patriotismo con llegar a ser con los años lo que ha sido hasta ahora Europa en la parte meridional del hemisferio occidental.

En otra época los americanos del sur hablaban de los tres siglos de tiranía y de obscurantismo, y españoles había que se lamentaban en versos hermosos y sentimentales... de los crímenes del tiempo de la conquista y de la... colonización de América, y hoy se estrechan poderosamente los vínculos de la raza conquistadora y de la conquistada, y se pregonan en coro armonioso de voces hispanas y americanas la grandeza de los colonizadores, los bienes que nos dejaron, que se traducen hoy en el desarrollo de riquezas, en libertades efectivas, en escritores y pensadores que se dejan oír con honor en los conciertos europeos.



III (1)

En el notable estudio crítico sobre el señor Caro, del distinguido escritor cubano don Rafael M. Merchán, aparece que no pudo conformarse su autor, a pesar de la admiración que manifiesta por el humanista colombiano cuyo señorío proclama en este ramo del saber, con que en su ensayo sobre Virgilio declararse el insigne traductor del vate mantuano que «Sainte-Beuve, falto de fe como hombre, carece de profundidad como crítico; revuela pero no explaya las alas.»

El señor Merchán no encuentra razón alguna que justifique la manera como el señor Caro se expresa del ilustre crítico francés y no halla otro fundamento de ese concepto sino en que «al enumerar (Sainte-Beuve en su libro sobre el mismo poeta romano) las cualidades excelsas de Virgilio, enumeración con que está de acuerdo el señor Caro, no estudia lo que vale más en la *Eneida*, es decir, el modo como el poeta, después de latinizar a Troya, iguala a Roma con el mundo.» Entra luégo el señor Merchán a tratar de rebatir las ideas del señor Caro sobre Sainte-Beuve, y de demostrar que los juicios de éste eran profundos, tanto en su trabajo sobre Virgilio, que dejó incompleto, como en los estudios especiales que hizo sobre Chateaubriand, la poesía y el teatro de Francia en el siglo XVI, y sobre Port-Royal, y termina esta parte de su estudio de Caro, como crítico, por reconocer que en la manera

(1) El autor de estos artículos agradece debidamente las innumerables felicitaciones de que ha sido objeto, ya verbalmente, por cartas o por telegramas, con motivo de aquéllos, hasta de individuos que no le eran conocidos personalmente. La obra de Caro ha penetrado tan hondamente en la conciencia nacional, que sólo el nombrarlo y el anunciar la aparición de sus escritos ha producido tanto entusiasmo, que el modesto heraldo ha recibido su premio en el desempeño de su oficio.

de ver al hombre en Eneas, tanto en el concepto de Caro, que lo basa en el poema mismo que no refiere la muerte del héroe, como en el de Sainte-Beuve que lo funda en la tradición, inseparable del poema, hay profundidad filosófica.

Los conocedores de la variada y amplísima obra de Sainte-Beuve y los lectores de los artículos políticos y literarios del señor Merchán, se explicarán fácilmente el desacuerdo suyo con las ideas de un escritor como el señor Caro, y que un hombre de la firmeza de criterio de éste y de la seguridad de los cimientos en que apoyaba sus ideas filosóficas y religiosas no estimase profundas las del padre de la crítica francesa, que si murió pregonando su falta de fe como hombre, tuvo épocas en su vida en que reconoció las verdades y bellezas de la religión católica cuando el amor le hacía ver a las veces la hermosura y brillantez de la luz que Jesucristo enciende en los corazones unidos a El (1).

El señor Merchán reconoce la profundidad de los juicios del señor Caro, pero no consiente en que se ponga en duda la de Sainte-Beuve. A pesar de la altísima idea que se tenga del estudio del gran crítico francés sobre la obra del ilustre poeta latino, basta leer sin preocupación alguna su *Estudio sobre Virgilio* y el *Discurso preliminar* del eminente traductor colombiano, para reconocer la superioridad en pensamiento y en alcance de la obra del segundo. El estudio de Sainte-Beuve es hermoso, su estilo es animado y original y la exposición del plan de la *Eneida*, como poema romano, está hecha con gran talento, y con arte y encanto primoroso, lo mismo que el desarrollo del plan para mostrar el amor de Virgilio a la naturaleza,

(1 Véanse en *Le Correspondant* de 1919 los artículos titulados: *La psychologie d'un critique*.

su culto de la poesía respecto a los maestros clásicos, su sabia imitación, su erudición y ciencia de los antiguos, su patriotismo, humanidad, piedad, sensibilidad y ternura. El análisis termina con la observación de que encierra la obra virgiliana unidad de tono y de color, armonía en todas sus partes, la proporción de ese gusto sostenido, que es en la obra uno de los rasgos del genio, que llega al fondo del alma constituyendo una delicadeza suprema. Como síntesis de todo su juicio del alma virgiliana, dice el caudillo de la crítica francesa para terminar su estudio, que si el Júpiter de Fidias se hubiera ocupado en pintar, habría remontado a su origen pintando como Homero, de igual suerte que si el «Apolo de Belvedere» se hubiera ocupado en escribir, lo habría hecho como Virgilio. En Homero admira la forma y en Virgilio el fondo, y siente más admiración por la belleza externa que por la delicadeza del alma, es decir, rinde más culto al cuerpo que al espíritu.

Caro da principio a su trabajo con esta magistral clasificación para medir la diferencia entre el genio del primer orden, como califica a Virgilio, y la medianía: «Presupuesta la facultad de producir, la fertilidad de la mente, condición previa sin la cual en el orden de la literatura toda otra facultad por preciosa que sea, es tesoro escondido, descuellan, a mi ver, con el carácter de señales culminantes del genio poético, en primer lugar la inteligencia de las cosas invisibles, la participación de la conciencia en las ocultas miras providenciales que se mezclan a las cosas de los hombres; en segundo lugar, el conocimiento del corazón humano, que unido a una sensibilidad solícita sufre por la experiencia y permite reproducir situaciones ajenas con oportunidad y animación; y por último, el fino tacto que nos adiestra a discernir lo bello entre

la masa desigual que a nuestros sentidos ofrece la naturaleza física: en suma: *inspiración, sentimiento y gusto*. Este notable párrafo pinta al crítico y al pensador, que continúa su estudio demostrando la sublimidad y originalidad de Virgilio cuando algunos censores no le reconocen sino elegancia y ternura. Después de presentar de manera de no dejar duda que el gran lírico y épico posee las excelsas facultades de inspiración, sentimiento y gusto, sin dejar de atribuirle la visión de cosas sobrenaturales, introduce al lector al trato de Virgilio, y aparece el poeta mantuano, dedicado al campo y a las musas, a orillas del Mincio, donde nacen las Bucólicas, églogas llenas de gracia, de misterio, colorido y ternura. Se trasciende en ellas el sentimiento del vate por la pérdida de su heredad, arrebatada por los soldados vencedores en Filipos, a quienes el hijo de la Victoria entregó las propiedades de los vencidos como premio de sus hazañas. Al ser conocido Virgilio de Augusto, merced a los buenos oficios de Mecenas, de Varo y de Polión, el nuevo dueño de Roma lo resituye en el goce de sus posesiones, por lo que demuestra el agraciado su gratitud al benefactor. Virgilio es acusado de bajo adulador por algunos críticos, que no ven en sus expresiones sentimientos nobles, sino muestra de servilismo. Caro lo defiende razonadamente de éste y de otros cargos, con los que se ha querido empañar su gloria. Llama grande a Augusto, dice Caro, y presupone que después de muerto será colocado en el número de las costelaciones y poderes celestiales, en una de esas fórmulas que la misma urbanidad moderna encierra, y que tomadas literalmente podrían ser atribuidas a abyectos sentimientos: la humildad y la independencia no son incompatibles.

Probablemente por esta defensa, por la de plagiarío de Homero y por la de otras críticas desvanecidas

por Caro con la fuerza que le dan su erudición y su talento, dice Piñeyro, el distinguido escritor cubano, que los traductores son como los biógrafos, en quienes el comercio íntimo con el héroe cuya vida o cuyas obras estudian, inspiran al fin un entusiasmo ardiente. Los que conocen íntimamente una lengua como Caro conocía al latín, llegan a penetrarse como traductores de todas las bellezas de una obra, con sus grandes facultades pueden medir el alcance y los méritos de ella y no distinguen, por qué desaparece ante ellos, el error o el defecto que otros le atribuyen. El instrumento que para algunos analizadores es microscopio para ver las partes menudas de un organismo, para otros es antejo que presenta el objeto en toda su unidad de composición, donde la armonía y la belleza se anotan si no llegan a darse idea exacta de todas sus partes y de la función que cada una de ellas representa.

Un eminente crítico moderno, M. Andrés Bellessort, en el precioso estudio publicado este año con el nombre de *Virgilio, su obra y su época*, y que tanto ha llamado y continúa llamando la atención en Francia, tiene sobre la originalidad de Virgilio y la superioridad de éste sobre Homero, las mismas ideas de Caro. Los que hablan tanto, dice Bellessort, de la originalidad del poeta griego, del que aseguran ha copiado el latino, ¿pueden responder de que en *La Ilíada* o en *La Odissea* no se haya tomado nada de ninguno de los antecesores de Homero?

Sería muy extenso este trabajo, si fuésemos a seguir a Caro en todos los puntos que en el estudio preliminar sobre la traducción de las obras de Virgilio trata con detención y maestría, como el juicio sobre las *Geórgicas* y la *Eneida*, el estilo del poeta, su versificación, el metro en que debe traducirse la epopeya romana, si debe ser la traducción en prosa o en verso,

y el estudio sobre las versiones españolas que se han hecho de las obras de Virgilio. Pero no podríamos tampoco prescindir de hacer una ligera exposición sobre la manera como el señor Caro examina dos cuestiones que sobresalen en el estudio de que estamos tratando: Virgilio como poeta religioso y el pensamiento fundamental de la *Eneida*. Las églogas cuarta y sexta son la base para juzgar de las ideas religiosas de Virgilio, distintas de las de los hombres de su tiempo. Se anuncia en la primera, titulada *Polión*, el advenimiento de un niño que del cielo traerá consigo redención y paz. Se ha disentido en la opinión de si este niño era el hijo que debía nacerle a *Polión*, pero no era posible que al hijo de un cónsul le atribuyese el poeta tan grandiosos anuncios y no se comprende de qué fuente los tomara, si no fuese ese anuncio solamente parto de su imaginación. Cualquiera que fuese el manantial donde bebió el poeta, dice Caro, «las ideas dominantes en el poema, y cualquiera que fuese el niño a quien tomó por objeto o por pretexto de su canto, lo que hay verdaderamente de admirable es la fe con que acoge el ajeno pensamiento la fuerza de ingenio con que lo informa y engrandece, la pompa de estilo con que lo engalana y la brillantez con que lo ilustra. Si Virgilio se empapa en los versos sibilinos, continúa, para decir eso, cómo no aciertan Horacio ni Tácito ni ninguno de sus contemporáneos a sacar como él y vivificar la hermosa verdad que se ocultaba en aquellos libros?

Por estas razones el poeta católico ofrenda su admiración como a vate verdaderamente a aquél a quien desde alta antigüedad han venerado en este mismo aspecto santos, reyes, poetas y filósofos. Como no queda duda de quién es el niño a quien se refiere la *Egloga*, con lo que da así Virgilio muestra de su inspiración y de su dón profético, el estudio de Caro so-

bre ella concluye con estas hermosas palabras: «Pero la Providencia que eligió por precursor del Verbo al más grande entre los nacidos, según la expresión del Señor mismo, llamó también al más admirable de los poetas a anunciar al Deseado de las gentes.»

El pensamiento de Caro, como la perspicacia de su juicio apoyado naturalmente en otras autoridades religiosas y profanas, vienen a confirmarlo la ya famosa obra de M. Bellessort, citada antes, quien dice al terminar su examen sobre la misma Egloga, que «no se trata de saber si Virgilio previó que un niño nacido en tiempo de Augusto revolucionaría el mundo. El no lo previó del todo; pero el niño nació, es un hecho indiscutible; y lo es otro, que Virgilio cuarenta años antes, había anunciado que un niño presidiría la renovación maravillosa del mundo. Nada hay que decir en contra de estos dos hechos, y los que no vean en ellos sino una coincidencia fortuita confesarán al menos que semejantes coincidencias son extremadamente raras, y no podrán desconocer lo que hay de milagrosamente intuitivo en el genio. Cuando se hayan enumerado y examinado todas las fuentes del poema virgiliano, nadie explicará cómo haya sucedido que mezclando a Hesiodo con el orfismo, las predicciones etruscas con Catulo y los oráculos judíos, Virgilio hubiese llegado, en una sencilla fantasía, a dar una forma chispeante a las aspiraciones confusas y angustiosas del mundo accidental.

«*Deus, deus ille Menalca.* Un Dios, es un Dios, Menalco.»

Las citas de algunos juicios de Caro sobre la misteriosa Egloga, ya que no es posible citar la exposición completa que hace sobre ella, unidas a la transcripción de Bellessort, demuestran que su talento y erudición salían de lo ordinario; y que no admitían comparación sino con los que se acercan al genio y al verdadero sabio.

Para no alargar demasiado este artículo, se hace preciso tratar en capítulo especial del *pensamiento fundamental de la Eneida*.

JUAN A. ZULETA

EL HABITO DEL ORDEN

Blanco supremo de la educación de las escuelas.

(Discurso leído por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Rogonesi, Nuncio Apostólico, con motivo de la inauguración del curso académico en el Seminario y Universidad Pontificia de Comillas, el 1.º de octubre de 1919).

Amados jóvenes:

Espectáculo siempre antiguo y siempre nuevo, y cada vez más sorprendente, el que despliega ante nuestros ojos la Naturaleza.

Millares de mundos girando por el infinito espacio en rítmicos movimientos, cada uno en su propia órbita; agrupaciones de astros que recorren con maravilloso concierto trayectorias inmensas, cumpliendo en tiempos fijos el ciclo de sus majestuosas carreras.

Sorprende quizá y asombra más aún la grandeza de lo infinitamente pequeño, donde el sabio descubre nuevos mundos de elementos y actividades en portentosa combinación.

Y entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, situados en los umbrales de lo desconocido y del misterio, la inmensa variedad de seres aparece concertada en armonía sublime.

En tal espectáculo de la naturaleza, ¿qué es lo que más encanta y fascina? La sabiduría griega llamó